

105

**Los medios. Tráfico y accidentes
transdisciplinarios**
En Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis, Buenos
Aires, Amorrortu, 1994.

Anibal Ford

(R)

~~Raetz~~
G

101

Amorrotu editores

Navegaciones
Comunicación, cultura y crisis

Anibal Ford

Indice general

11	Prólogo	171	Cuarta parte. Sujetos
24	Fuentes	173	10. José González Castillo. Cine mudo, fábricas y garponières
		190	11. Ese hombre
27	Primera parte. Metáforas y conjeturas	193	Quinta parte. Discusiones y apuestas
29	1. Navegaciones. Culturas orales. Culturas electrónicas. Culturas narrativas	195	12. «Decidir en situaciones de incertidumbre»
42	2. De la aldea global al conventillo global. Algunos campos críticos en la problemática homogeneización, heterogeneización y fragmentación en las culturas de América Latina	205	13. «Águila non capit muscas». Inventiones, saberes y supervivencias en la cultura de la crisis latinoamericana
65	3. Conexiones. El conjunto «índices, abducción, cuerpo»: entre los comienzos de nuestra modernidad y la crisis actual	218	14. Los medios, las coartadas del New Order y la casuística
		233	Bibliografía citada
85	Segunda parte. Viajes		
87	4. «Homo viator». El conflicto entre estrategias literarias y etnográficas en <i>Sudeste de Haroldo Conti</i>		
113	5. Rodar tierra. Rodar sentido. Traslados e inscripciones en movimiento. Apuntes etnográficos		
125	Tercera parte. Representaciones		
127	6. Los medios. Tráfico y accidentes transdisciplinarios		
149	7. Culturas populares y (medios de) comunicación		
158	8. Literatura y medios. Un conjunto abierto e impreciso		
164	9. La tribu televisiva y el mercado de la soledad		

6. Los medios. Tráfico y accidentes transdisciplinarios

1. Introducción

Sería importante tipificar las formas en que se describe la crisis contemporánea. Crisis que no es sólo comunicacional y cultural sino también, y fundamentalmente, económica, política y social. Y esto tiene su centro en el paso a la sociedad posindustrial, o como quiera llamársela, y sus secuencias: de las transformaciones en la familia a las de los sistemas de producción y empleo, de los cambios en el intercambio simbólico o en el consumo a la reformulación de las culturas identificadoras. Del otro lado del Spike Lee de *Hot to correct* (*Do the right thing*) está el problema de las migraciones legales e ilegales, de las megaciudades fragmentadas, de la violencia y los conflictos interétnicos, del «cuarto mundo» que habita en el primero o de la creciente brecha con los países pobres.

Y esto pone en escena al mismo tiempo tanto la crisis de la modernidad pensada política, económica y socialmente, cuanto la imposibilidad, que ya analicé, de la aldea global homeostática, funcionalista, armónica, tramada por las tecnologías de la comunicación, o por una cultura pensada desde la comunicación.

Comienzo a señalar, con esto, algo sólo aparentemente obvio: es difícil hablar de los medios, de sus géneros, de sus formas de construcción de sentido, de su producción o recepción, de la creciente segmentación de la demanda y la oferta, o de los procesos de globalización simbólica, de sus «efectos y usos», aislándolos de su complejo entramado con las transformaciones socioculturales y económicas. (Aclaro que cuando digo segmentación de la demanda y de la oferta no estoy desconociendo los complejos procesos de concentración en grandes *holdings* en la producción comunicacional y cultural.)

¿Puedo entender a Spike Lee sin entender sociología y antropológicamente ese mundo que constituyen estos referentes? Difícil. Como también difícil entenderlo sin ahondar en la estructura y genealogías narrativas que organizan su relato, en las técnicas cinematográficas, en el soporte industrial y técnico. Porque el multiculturalismo, al desarrollarse, no deja de construirse a través de retóricas.

Es decir, sé que al entrar en este producto massmediático entro también en problemas que exceden, que están más allá de los medios: las identidades, las memorias, los desarraigos, las nuevas culturas urbanas, las relaciones y los conflictos interétnicos, la brecha cada vez más profunda entre la riqueza y la pobreza. Temas que también son investigados por disciplinas que no se encuadran en la teoría de los medios: la sociología, los estudios culturales e interculturales, la etnografía, el urbanismo, etc. Los informes como los del PNUD nos hablan constantemente de estos problemas sin tocar las comunicaciones y los medios, que sólo ocupan un lugar muy limitado en sus estadísticas. Señalo esto porque así como hubo en un momento un «imperialismo semiológico» hoy se puede caer en un «imperialismo comunicológico». Es el peligro de los saberes transversales. En el *post scriptum* de este artículo doy ejemplos de la complejidad del campo.

Con todo no es sorprendente que al ingresar en un mensaje massmediático necesite para analizarlo un complejo conjunto de disciplinas. Lo sorprendente es que esto no haya sido siempre así. Pero todos sabemos cómo se desarrolló la teoría de los medios y cómo estos fueron aislados de lo social, cultural denso por razones meramente instrumentales, de marketing y de tiempos cortos. El fenómeno actual de hiperobservación de los medios por un amplísimo conjunto de disciplinas es de alguna manera no una crisis, sino una reparación. Aunque se podría decir que esto también está actuando en desmedro del análisis de la cultura y las redes de comunicación directa, no massmediatizadas.

Con lo que digo voy ubicando mi mirada en los problemas de comunicación y cultura, enfocando tanto el territorio de los medios como el que está fuera de ellos. Sin hacer grandes cortes. No confundamos comunicación con medios. Hay una problemática básica de la comunicación que infor-

ma tanto a la interacción simbólica directa o a la comunicación no-verbal como a la comunicación mediatizada tecnológicamente. Uno diría que esta última «pone en escena», lo que no quiere decir que los reemplace, todos los sistemas de comunicación humana, el cuerpo y los sentidos, lo kinésico y lo proxémico. Dé aquí su conflicto con la escritura. O con la escuela.

De la misma manera podría decir que no enfrentemos cultura con medios. La cultura «cult» o «cultivada» carga tantas fórmulas, retóricas y sistemas de reproducción (del arte y la literatura a los *papers* científicos) como los géneros de los medios, así como en ambos conjuntos se pueden producir rupturas y transformaciones. Para dar un ejemplo: influyó tanto la literatura en el periodismo como este en la literatura.

Pero más allá de esto, la producción cultural y social pasa tanto por los medios como por fuera de ellos. Son tan erróneas las tesis de la massmediatización social como su reverso alternativista, negador de los medios. Los medios son poderosos pero también es poderosa la producción social cultural que pasa por afuera de ellos.

Junto con esto, quiero separar, metodológicamente, lo comunicacional de lo cultural en otro plano. Una cosa es el territorio duro desde donde describimos lógica y semiológicamente la conformación de sistemas de construcción de sentido, de retóricas y géneros, o la formalización que proviene de la teoría de la información, la cibernética, la teoría general de los sistemas, hasta llegar a los campos que sustentan la informática y las nuevas tecnologías, y otro aquel donde esto pasa a funcionar, a tener un sentido claro, dentro de un contexto, una cultura, una etnia, una situación histórica. Dos territorios no fácilmente separables.

Podemos describir en abstracto las diferencias entre lo argumentativo y lo narrativo, pero el peso de esto último en la cultura de la crisis, sobre todo en las clases pobres y en los adolescentes, sólo puede ser explicado entendiendo los efectos cognitivos que produce la crisis en la cultura de la vida cotidiana, en esta situación histórica concreta. Hay un momento en que se sale de las formalizaciones de la comunicación o de la semiótica y se entra en los espacios no tan formalizables y previsibles de la historia. Sé que estoy mencionando una vieja discusión entre estructura e historia. Pe-

ro todavía cuesta operar simultáneamente en los dos planos.

Por otro lado, lo que estoy señalando no quiere decir que las teorías duras de la comunicación no sean emergentes culturales. No es aleatoria ni factible de una explicación só- lo académica la aparición de Peirce o Saussure, de Sha- nom, de von Bertalanffy o de Wiener.

El territorio de los medios, y especialmente el de sus «contenidos», no se recorta con tanta claridad de lo que su- cede afuera. Difícil entender la telenovela sin inscribirla en la larga tradición del melodrama y el drama social que ante- cede a los medios. Difícil entender la figura de la madre sol- tera sin percibir cómo estos géneros pesaron en el imagina- rio social en la constitución de su figura en relación comple- ja con la experiencia cotidiana y con la discriminación legal. Difícil, por lo tanto, sin todo esto, entender la polémica entre la madre soltera Murphy Brown y el ex vicepresidente de los EE.UU., Dan Quayle.

Pero este desdibujamiento de los límites se da no sólo en el que observa académicamente la evolución sociocultural y el lugar de los medios en ella, sino en la misma producción de estos. Doy un ejemplo: los estudios cuantitativos y cuali- tativos de la prensa escrita señalan un corrimiento del in- terés de los lectores hacia la zona de información general, en detrimento de la lectura de las secciones de política, eco- nomía e internacionales. Y esto presiona sobre los medios que ven que se debilita una clasificación y una jerarquiza- ción típica de la modernidad (y también una estructura téc- nica y laboral). Si esto es producto de un proceso de indivi- dualismo y encierro en la cotidianidad o si es parte de la cri- sis y de la búsqueda de nuevos elementos ordenadores en lo casuístico y lo narrativo es algo que no está claro.

Coyunturalmente, me inclino por lo segundo por dos ra- zones: la aceleración de los medios en el registro de los acon- tecimientos y la lentitud de la justicia; la imposibilidad de registrar los nuevos fenómenos sociales en series macro, ge- nerales. Pero lo cierto es que esto corresponde a una etapa de transición. La sociedad siempre termina construyendo o reconstruyendo macrorelatos. De alguna manera esto es lo que tratamos en «Los medios, las cortadas del New Order y la casuística».

Este proceso está produciendo movimientos en el inte- rior de los medios, en la reformulación de las zonas tradicio- nales duras, y en la profundización de la información gene- ral que si comienza a necesitar, cada vez más, el aporte de las disciplinas sociales y humanas. Es decir, de la misma transdisciplinariedad que observamos crecer en nuestros es- tudios académicos. Podríamos hacer un paralelo entre las formas en que la noticia de interés general explota, rota ha- cia diferentes secciones, y las formas en que se acrecientan las miradas hacia los medios desde diferentes disciplinas.

Es interesante señalar aquí que muchas discusiones pú- blicas parten, no de planteos generales en las secciones du- ras de los diarios, sino de casos que a veces se plantean o arrancan de la sección policial. En la Argentina el caso de María Soledad, una joven violada y asesinada en una pro- vincia, se abrió hacia procesos políticos que terminaron vol- teando un gobernador y generando prolongadas discusiones sobre los métodos judiciales y policiales, movilizaciones so- ciales y religiosas, etc. Es decir, movió más discusión públi- ca que cualquier planteo emanado de lo político o de otras instituciones. Y no es el único ejemplo. ¿Pueden los gobier- nos o los políticos generar la misma masa de discusión pú- blica?

Los problemas que voy planteando tienen dos niveles. El primero es el referido a ciertas distinciones. No confundir comunicación con medios, no enfrentar medios con cultura, inscribir el estudio de los medios en una problemática más amplia, exterior y anterior a estos, muy relacionada con la historia de los géneros o de otras series culturales. Esto últi- mo es, creo, de fundamental importancia: un género televi- sivo forma un conjunto mucho más fuerte con sus parientes extramediativos que con otros géneros televisivos. En este sentido, vale acotar que no hay una recepción de los medios en general, sino sistemas de recepción relacionados fuerte- mente con los géneros, con sus transformaciones o con nue- vas series culturales.

Uno de los problemas más complejos es el de la intersec- ción de las formas de la cultura massmediatizada con las formas de la cultura directa. Se insiste en el peso de los me- dios, pero si nosotros trabajamos, por ejemplo, en entrevis- tas o en grupos, el imaginario sobre nosotros o momentos

existenciales básicos (formación de pareja, primer trabajo, etc.), vamos a constatar que los medios, si aparecen, lo hacen tarde. Y esto no indica que estén totalmente «introyetados» aunque podamos captar su influencia en algunos de los cursos discursivos del entrevistado.

También hemos comenzado a separar en nuestro análisis los niveles específicamente comunicacionales y culturales de los realizados por otras disciplinas de las ciencias sociales.

Agregaría aquí que hay otros lugares comunes que deestructuran: la confusión entre comunicación e información es uno, y la oposición entre cultura y ciencia o tecnología es otro. Esta última oposición ha sido particularmente nefasta. Una obsolescencia pseudorromántica que no sólo impide recuperar las genealogías tecnológicas y científicas que actúan en nuestras culturas sino también los isomorfismos, las semejanzas, que subyacen en los procesos de creación científica y en los de la creación artística.

Lo segundo es que ese campo que de manera nada clara llamamos en América Latina «comunicación y cultura» es un campo típicamente trasdisciplinario. Y esto pareciera corresponder más que a una etapa de su construcción epistemológica —toda disciplina cuando nace es o parece un *bricolage* de disciplinas— a un dato de base que de hecho implica el estudio de los medios enmarcado no en una teoría de los medios sino en una teoría de la cultura. Tal vez esto no le dé claridad al campo, pero vale recordar que muchas disciplinas con mayor historia académica están hoy sufriendo procesos similares de recomposición trasdisciplinaria, como es el caso de la etnografía o de la sociología. El conjunto de saberes llamado *cultural studies* en el mundo anglosajón es también una prueba de ello.

Pero no quiero desconectar ello de otro proceso: la expansión de modelos científicos en los campos más diversos, como sucede con los estudios sobre el caos, el azar, el desorden, la complejidad. Saberes transversales, que no se pueden dejar de lado, siempre y cuando no lleven hacia nuevas utopías científicas o coartadas políticas.

Lo cierto es que este campo, el de «comunicación y cultura», dentro del cual ubicarnos el estudio de los medios, implica diversos niveles de análisis, y no lo digo en el sentido es-

tratégico, porque se trata de procesos simultáneos, sino buscando un mínimo orden.

En lugar de hacer un recuento tedioso de las disciplinas que entran en el campo, en sus estrategias de análisis, voy a dar un ejemplo. Lo haré con un método muy poco tradicional y teórico, leyendo un relato que tiene más de mil años. O tal vez con un método muy tradicional. Pero no importa, estamos revisando 2500 años de cultura. No es raro que, según un reciente estudio de James Beniger (Beniger, 1990), Platón y Aristóteles sean los teóricos más citados en los estudios de comunicación (véase *post scriptum*).

2. El debate por señas

El relato se originó, como lo señalé, hace más de diez siglos, o tal vez muchos más, en el territorio del Tigris y el Eufrates, una de las grandes cunas de la narración, de relatos que después circularon por tierras muy lejanas a ese origen. Claro que esto no se vio en la guerra narrativizada y digitalizada de la CNN, pero esta es otra historia.

Este relato de origen folk, catalogado con el número 924 en la vieja clasificación finlandesa de Stith Thompson (Aarnés y Thompson, 1964), es conocido bajo el nombre de «El debate por señas» y circula por las más diversas culturas —en las culturas folk del interior argentino he revisado varias versiones (Vidal de Battini, 1980)—, e incluso, como chiste procaz, en la cultura urbana actual. También fue objeto de elaboraciones literarias, algunas sumamente complejas, como la que realiza Rabalais en *Gargantua y Pantagruel*, y otras más sencillas como las del Arcipreste de Hita o de Ibn Asín de Granada, parecidas a la que paso a transcribir, tomada del libro *Pienso, luego río* de Allen Paulos (Allen, 1987):

«Había un erudito romano de visita en la corte de Timur y el emperador pidió al Mullah que se preparase para una batalla de ingenio con él.

El Mullah amontonó sobre el lomo de su burro libros con títulos ficticios, pero que sonaban muy impresionantes, tales como *La teoría de los bifurcantes universales*, *La erosión*

y la civilización, *Una crítica de la pureza tolerante, Orígenes sociales de la desactivación mental.*

El día de la prueba, el Mullah apareció en la corte con su burro y sus libros. Su ingenio natural y su inteligencia abrumaron al erudito romano, que decidió poner a prueba los conocimientos teóricos del Mullah. El erudito romano levantó un dedo.

El Mullah respondió con dos dedos.

El romano levantó tres dedos.

El Mullah respondió con cuatro.

El erudito mostró toda su palma, a lo que el Mullah respondió con el puño cerrado.

El erudito abrió su cartera y sacó un huevo. El Mullah respondió sacando una cebolla de su bolsillo.

El romano preguntó: "¿Qué evidencia tienes?"

El Mullah respondió: "*La teoría de los bijurcantes universales, Una crítica de la pureza tolerante*", etc.

Cuando el romano balbuceó que nunca había oído tales títulos, el Mullah respondió: "Pues claro que no los has oído. Mira y verás cientos de libros que nunca has leído".

El romano miró y quedó tan impresionado que concedió que había sido derrotado. Como nadie había entendido nada, más tarde, cuando se sirvieron los refrescos, el emperador se inclinó hacia adelante y preguntó al erudito romano cuál era el significado de todo ello.

—Es un hombre brillante, este Mullah —explicó el romano—. Cuando levanté un dedo, significando que no hay más que un Dios, él levantó dos para decir que El creó el cielo y la tierra. Yo levanté tres dedos significando el ciclo de la concepción, la vida y la muerte, a lo que el Mullah respondió mostrando cuatro dedos, indicando que el cuerpo está compuesto de cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego.

—Bueno, ¿y lo del huevo y la cebolla? —insistió el emperador.

—El huevo era el símbolo de la tierra (la yema) rodeada por los cielos. El Mullah sacó una cebolla, indicando las capas de los cielos alrededor de la tierra. Le pedí que apoyara su información de que hay un mismo número de capas en los cielos que en la piel de la cebolla, y la apoyó con todos esos sabios libros sobre los que yo, desgraciado de mí, ignoraba todo. Tu Mullah es un hombre muy sabio, ciertamente.

El romano, abatido, partió.

El emperador preguntó a continuación al Mullah sobre el debate. El Mullah respondió:

—Fue muy fácil, Majestad. Cuando levantó un dedo desafiándome, yo levanté dos, significando que le sacaría ambos ojos. Cuando levantó tres dedos, con el significado, estoy seguro, de que me daría tres patadas, le respondí amenazándolo con cuatro patadas. Su palma entera, naturalmente, significaba una bofetada en la cara, a lo que le respondí con el puño apretado. Viendo que iba en serio, empecé a mostrarme amistoso, y me ofreció un huevo, así que yo le ofrecí una cebolla.

Voy a sintetizar algunos temas que «pone en escena» este relato y que «son fundamentales en los trabajos sobre comunicación y cultura» (Ford, 1989). Estamos ante un relato y no ante un *paper*. Pero la focalización y el recorte de unidades de sentido, de conjuntos discretos, no se da sólo en la ciencia. Por eso le doy a la expresión «poner en escena» el sentido de una operación fundamental en el conocimiento.

1. En primer lugar este relato es una de las tantas pruebas de la existencia de una reflexión sobre la construcción de sentido en las culturas de la vida cotidiana. Algo que se estudia poco cuando se trabaja en recepción y sobre todo cuando se analizan las competencias, siempre en desarrollo, de los receptores. La reflexión sobre la comunicación y la cultura, lo metacomunicacional y lo metacultural, no es sólo patrimonio de los comunicólogos o los culturólogos. Vale acá recordar que muchas investigaciones sobre recepción dejan de lado el análisis de las formas en que la gente posiciona o clasifica la función «ver medios». Y mucho más las generalizaciones de las formas en que se reflexiona cotidianamente sobre cómo nos comunicamos. O sobre cómo diferenciamos el mapa del territorio, lo factual de lo simbólico. «¿Qué importa el retrato si la moza está en París», dice un viejo refrán. Un primer tema que pone en escena este relato es, por lo tanto, el de la problemática de la metacomunicación (cf. Bateson, 1972; Hofstadter, 1987).

2. En segundo lugar, y dentro del marco planteado, la presencia (o la conciencia) de temas específicamente comunicológicos o semiológicos:

- Los saberes sobre códigos (hiper e hipo) verbales y no-verbales que según las culturas en las que ingresa el relato van a ser valorados y discutidos de diferentes maneras. Junto con esto la reflexión sobre mentira, ambigüedad y, fundamentalmente, sobre el rol de lo aleatorio en la de-codificación y la construcción de sentido. Es decir, el rol del azar en la comunicación. Los dispositivos para darle sentido a cualquier tipo de datos, magistralmente ironizado por Rabalais. La afirmación de Morse Pekham: «ciertamente no hay conjunto de datos perceptuales tan disparatado que la comunicación humana no pueda crear un orden y una unidad en él» (citado en Barlund, 1981). El triunfo del que maneja datos erróneos sobre el que recibe datos correctos y que demuestra en un conocido y citado experimento Bavelas en Stanford (entre ellos: Watzlawick, 1979).

- Estrechamente relacionado con lo anterior, este relato también nos lleva, a través de sus recursos secundarios, al tema de los arditos, las astucias, las estrategias comunicacionales, la construcción de verosímiles. Me refiero fundamentalmente a los libros inventados. Aquí estamos ante estrategias comunicacionales típicas de las culturas tradicionales, que generaron grandes series sobre lo «ardidos» en personajes como el zorro o Pedro de Urdemales, pero que nos llevan también al estudio del amague y la amenaza, de la información y la desinformación, de la inteligencia y la contrainteligencia (Watzlawick, 1979).

3. En tercer lugar, y aquí se da un paso fundamental en esta «protodescripción densa» (cf. Geertz, 1987), la ubicación de esta problemática en clave sociocultural. La presencia explicativa de la pertenencia a una etnia y una cultura en cada uno de los contendientes por un lado, por otro la diferenciación relacionada con la pertenencia a diferentes sectores sociales. Este relato, que se ubica en una serie mayor, la de «las tres preguntas», opone siempre, como lo ha señalado el investigador Espinoza, después de haber relevado 500 versiones (Espinoza, 1946)—la figura de un rey, sultán, zar u obispo a la de, en forma decreciente, un pastor, un molinero, un sacristán, un cocinero. Es decir, la semiología y la comunicología encuadradas en las variables socioculturales. La lección de que el sentido, la recepción, sólo pueden ser comprendidos contextual y cul-

turalmente. La quiebra del tubo shannoniano (Ford y Pissicelli, 1992).

Por debajo de la venganza simbólica o del folk de «los cuentos que le hacen los chicos a los grandes» subyace en estos conflictos un tema más fuerte: el de los enfrentamientos sociales preindustriales, problemática que hoy, a raíz de la crisis-económica, las rupturas institucionales, la marginación, parecieran resurgir: el Thompson de las rebeliones de hambre del siglo XVIII bien pareciera estar haciendo la crónica de los asaltos a los supermercados de nuestros días (Thompson, 1979). Pero en este plano también es importante la problemática comunicacional de este relato. Por el lugar que adquieren en nuestra cultura, presionada por la formalización y la informatización transnacional, los saberes del juego, el azar y la improvisación, y también porque esto está íntimamente relacionado con los recursos de adaptabilidad y oportunismo comunicacional que se dan en las culturas informales (el rebusque, el regateo, la invención, la amenaza, lo «trucho», la «sanata»). Nuestras asincronías en el desarrollo, nuestra quebrada modernidad, nuestra regresión, enfrentan, ponen en conflicto diferentes saberes: escriturales, no-verbales, corporales, institucionalizados, cotidianos, informales, de supervivencia y de adaptación. Basta caminar cualquier gran ciudad latinoamericana para comprobarlo.

Vuelvo entonces a mi objetivo, que era el de señalar a partir de este viejo relato los niveles que nos plantea el análisis en la investigación en comunicación y cultura. Aclaro que lo que acabo de señalar en lo inmediatamente anterior no es un desvío. La crisis de nuestras sociedades exige, en su indagación, una fuerte convergencia transdisciplinaria.

Los niveles que señalé antes valen tanto para una conversación en la calle como para el análisis de un género massmediático, con la salvedad de que en este caso hay que agregarle la problemática cultural del soporte tecnológico y su relación con el contenido, pero sin olvidarnos que también el lenguaje y la escritura son tecnologías de comunicación. Basta ver cómo esta última transformó el mundo de la cultura y sus estructuras de conocimiento, sus saberes metemotécnicos, su elaboración de la subjetividad. Y también có-

445

mo entró en colisión con los saberes transmitidos por las imágenes, un tema que he analizado en «Navegaciones» en relación con lo que hoy está sucediendo con el desarrollo exponencial de las tecnologías de comunicación. Pero en un tiempo mucho más breve.

En este trabajo, la focalización en un relato concreto tiene también otro objetivo: el de señalar los desencanches entre lo micro y lo macro, entre lo global y lo local, entre lo abstracto y lo concreto. El análisis comunicacional y cultural siempre tiende a focalizar procesos de interacción simbólica, sólo explicables en el marco de un contexto específico. Y esto produce tensiones con la generalización sociológica y política. Pero esta tensión es propia de la cultura del hombre, de su «malestar», de la pelea entre la formalización y la resistencia a ser formalizado. El peligro obvio, pero real, es cuando un polo excluye al otro, cuando dejan de ser vistos como lugares en una escala, cada uno con sus propias lógicas, pero pertenecientes en fin a una misma escala o a la visión de un mismo objeto. Es aquí donde creo que es importante tener en cuenta el tema de la pertinencia, tanto metodológica como histórica, de los análisis micro o macro, globales o locales.

3. Lo global y lo local

En su libro *Chaos bound*, donde se ponen en contacto la producción literaria con diversos temas de las ciencias del desorden, Katherine Hayles (Hayles, 1990) deestructura la oposición entre lo global y lo local entendido esto no sólo en su sentido espacial sino también cultural, simbólico y social. Conocimientos generales. Conocimientos particulares. Saberes macrosociales. Saberes de minorías. Percepción de que lo total o global no es necesariamente represivo, ni lo local necesariamente liberador.

Y lo hace trabajando sobre el concepto de escala y sobre la teoría de los fractales. La pregunta de Mandelbrot —¿Cuánto mide la costa de Bretaña?— le sirve para demostrar los diferentes sentidos que puede tener un mismo objeto. Depende de la escala. Y da un ejemplo político. Para los

portugueses la frontera con España es más larga que para los españoles porque a raíz de sus necesidades geopolíticas la hiperviservan. Son diferentes formas de conocimientos, adecuadas a necesidades diferentes. Ambas ciertas, como eran ciertas las versiones del erudito romano y del Mullah. Y voy a dar otro ejemplo de la relación escala-conocimiento.

Hace unos años tuve la oportunidad de hacer la primera navegación de un río que cruza un desierto en el centro de la Argentina. Yo iba como periodista pero también historiando la zona y siguiendo el trabajo de los geógrafos que luchaban contra el proceso de desertización. Lo cierto es que estos habían planificado el viaje sobre la base de la información proveniente de la fotografía satelitaria. El resultado fue que en mitad del recorrido nos quedamos sin combustible. El cálculo se había realizado al margen de la pequeña cartografía, mucho más compleja. Es decir, la fotografía satelitaria, válida para cierto tipo de conocimiento, no había servido para ese nivel tan precario y fundamental, el de la supervivencia.

Señalo esto porque la ansiedad por soluciones totalizadoras, que no podemos tener o apenas vislumbramos en esos momentos de transición, a veces anula niveles de análisis que son fundamentales para nuestra supervivencia. Pero también, y aquí paso de un lugar en la escala a otro, para la construcción de nuevos paradigmas históricos y culturales, como lo analizamos en «Conexiones» al trabajar sobre los índices y la abducción.

Pero tal vez valga no perder este paso por lo micro al que nos obliga la crisis, y que es la base del pluralismo, al entrar en generalizaciones sociales de manera reactiva, desconociendo los complejos procesos de la conformación de las identidades. Y digo esto porque las políticas nacionales en comunicación y cultura, hoy de nuevo sobre el tapete a raíz de la crisis de la Comunidad Europea, tienden a simplificar el problema de las identidades o de la construcción social de la identidad. Y también el rol que cumplen la comunicación y la cultura, y por lo tanto los medios, en este proceso. Esta reducción de las variables de la identidad, presente no sólo en la xenofobia sino también en los diversos proteccionismos culturales, se diferencia de la problemática que emerge en América Latina sobre las identidades y los procesos de integración. Por suerte, y esto tal vez provenga de la teoría

de la complejidad que nos hace desarrollar la pobreza, y no el hastío y la abundancia, ambos temas son en general planteados como problemas y no como construcciones terminadas y fijas; analizando en conjunto los procesos, muchas veces turbulentos y fluctuantes, de globalización y localización.

La cuestión es no abandonar por esto, o por las complejidades de los procesos de recepción, la idea de las políticas culturales y comunicacionales. Pero estas, obviamente, han entrado en crisis en su sentido tradicional, y esta crisis es irreversible. Identidades y políticas deberán encontrar nuevos modelos y marcos institucionales.

Por debajo del proceso de globalización y/o transnacionalización de la cultura norteamericana se están produciendo procesos de diversificación y fragmentación (Janni, 1992). Esto tiene su correlato en lo comunicacional y cultural en el desarrollo y la diversificación de la oferta y la demanda. Hoy en los EE.UU. se ve más cable codificado que televisión por ondas hertzianas. Como lo señala Elizabeth Lozano, los públicos masivos son minorías (Lozano, 1991).

De ahí que Dominique Wolton discuta la relación entre televisión generalizada y televisión tematizada y los peligrados de esta última en la activación de la fragmentación, frente a la primera como articuladora de un espacio público nacional (Wolton, 1992). Pero creo que es darle a la televisión un rol demasiado importante en la constitución de lo público, problema que sigue siendo, por lo menos en América Latina, social y político. Y digo esto a pesar de que en América Latina el producto simbólico crece en relación inversa a la caída o el estancamiento de su producto económico.

En un reciente cuadro de la CEPAL se señala que entre 1980 y 1990 la posesión de aparatos de televisión creció un 40%, mientras que el salario urbano bajó en la misma proporción (CEPAL, 1992). Somos pobres, pero semi-educados.

Y vuelvo a lo global y a lo local, a los procesos de homogeneización, de heterogeneización, de fragmentación, de búsqueda de nuevas unidades que analizamos en la primera parte de este libro. Es claro que el futuro no va a ser monocultural, como dice Clifford, ni tampoco menos pluricultural. Difícil que sea acultural (¿o sí?). Lo cierto es que en la relación con los medios los procesos de generalización y

particularización, de homogeneización y heterogeneización, de localización y de globalización están generando nuevos ordenamientos culturales, nuevas formas de pensarse a sí mismos, proponiendo, mientras el hombre se localiza cotidianamente, «localizaciones» simbólicas transversales, no territoriales, que avanzan en paralelo a los peligros de colapsos comunicacionales e informacionales. El derecho a no informar ni ser informado que incluye el «Derecho a la información y la comunicación» (Fisher, 1984), no es una apología del autismo. Sobre todo en culturas donde crece lo simbólico y decrece lo material.

4. Cierre

¿Hasta dónde llega la importancia de los medios? Las clases populares, la gente en general, diferencian bien lo masmediático de la vida real. Los estudios sobre la crisis proveniente de campos no comunicológicos no le dan, como lo señalé al principio, tanta importancia. A veces parece que se los carga con más culpas que las que tienen, con lo cual se descarga consciente o inconscientemente a otros sectores. La crisis social y cultural que estamos transitando a nivel macro o micro no fue ni es producida ciertamente por los medios.

Pero más allá de esto, es claro que el desarrollo de los medios está produciendo complejas transformaciones en la cultura, las formas de percepción, los sistemas de construcción de sentido. O por su extensión y globalización o por su peso en la construcción del mensaje. En el futuro, tal vez, por su desarrollo interactivo.

La misma palabra «medios» es de difícil definición. Ya no estamos, como cuando se constituyó, o intentó constituirse esta disciplina, ante mensajes consumidos simultáneamente por audiencias masivas. La fragmentación o segmentación, el cable o el video actúan en esto, y a su vez influyen en la transformación y clasificación de los medios. Es el caso del cine, hoy consumido por selección en el ámbito privado y que ya no ingresa como medio en muchos estudios. Pero sigue siendo un medio. Pero si lo es, también lo son los video games y los usos interactivos de la televisión. El Tetris no

deja de ser un mensaje consumido masivamente. O tal vez ya lo fue porque en la guerra de géneros que se dio en estos años en los video games — cosa que sucede cada vez que aparece una forma cultural nueva — parece haber sido derrotado por las diferentes simulaciones de la violencia. ¿Cómo ver a los medios de la misma manera que hace sólo diez años frente al explosivo desarrollo de los CD-ROM interactivos?

Pero si es importante esta ampliación y reestructuración de los medios, más importante aún es la manera como las nuevas tecnologías afectan los sistemas perceptivos y de construcción del sentido. A veces por su aplicación a los medios tradicionales. La digitalización de la imagen que le ha hecho perder su valor legal a la fotografía permite trucos perfectos como en *Terminator*. Quebra la barrera del verosímil, inunda los mecanismos de representación.

Aunque también exige el desarrollo de nuevas competencias en el receptor. Si este ha desarrollado hoy o ha recuperado competencias en la lectura de lo facial en la televisión, es posible que mañana desarrolle competencias espaciales ante las nuevas formas de representación. Los que huyeron desparitados ante la locomotora de las primeras películas de Lumière, que avanzaba hacia ellos, pronto aprendieron a distinguir la pantalla de la realidad.

También es complejo el cambio proveniente de los hipertextos o de las realidades virtuales. Porque implica la ruptura de la linealidad, la crisis del modelo escritural tradicional, cosa que no está mal, y también la posibilidad de observar un fenómeno desde diversos puntos de vista, que tampoco está mal, siempre y cuando no destruya las bases de la ética y lleve a un relativismo fluctuante y oportunista. Lo que estoy señalando es que los desarrollos en la construcción y traslado de la información, como todos los casos de hiperavances científico, plantean problemas éticos. Ya esto se ve claro en la genética. ¿Qué va a pasar cuando se pueda elegir el sexo? se planteaba hace poco Michel Serres. ¿Qué va a pasar, nos preguntamos, cuando las nuevas tecnologías, de fácil enganche con la televisión, nos propongan tantos puntos de vista que destruyan la ética? O lo que también es peligroso que nos propongan puntos de vista diferentes, pero formalizados y dirigidos, como esos programas multimedia que nos plantean diversas visiones sobre un proceso histórico, como lo puede ser la conquista del Oeste en los ERE UU.

Parecen complejos pero se basan en una reducción de las variables y posibilidades que se dan, de hecho, en nuestras formas cotidianas de conocer.

En este plano no me preocupa tanto la desnaturalización o la anulación del contexto en un videoclip, en el caso de que esto sea realmente así. Si me preocupa cuando se lo pierde ante procesos históricos actuales como lo es el resurgimiento del nazismo en Alemania. Digo esto porque, en su última visita a Buenos Aires, Baudrillard opinó que el racismo de ahora no era como el de antes. Sin embargo, creo que es mejor pensar que el racismo es siempre el mismo. Con esto quiero señalar los peligros de algunas miradas posmodernistas llevadas al extremo de una relativización fluctuante muy semejante a la que nos proponen las tecnologías interactivas. Los datos sobre las brechas económicas internacionales nos señalan que estamos viviendo uno de los momentos más racistas de la historia.

Y aquí es donde, frente a la velocidad de Virilio, me quedo con la focalización de Italo Calvino. Con la posibilidad o el derecho de mantener, en este complejo mundo, un punto de vista, una mismitud, la visión desde un grupo social, desde un lugar, desde una forma de concebir la cultura del hombre. Aunque el lugar que elija, pierda.

Post scriptum

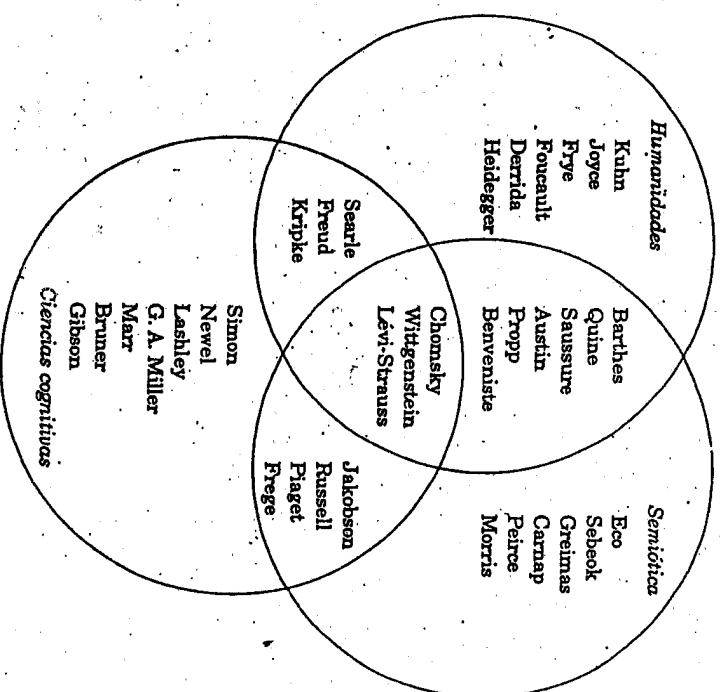
Cuando me pidieron que diera una conferencia en la Universidad Federal de Rio de Janeiro sobre «una nueva teoría de los medios», me asusté. Luego, cuando tuve conciencia de que esto era totalmente imposible, me animé a hacerlo. El estado de este campo es al mismo tiempo hiperproductivo y caótico. Me limité entonces a hacer algunas reflexiones. El texto que precede está escrito como conferencia y sólo me limité a agregarle algunas referencias bibliográficas y a establecer algunos nexos con los otros artículos contenidos en este libro. Por eso agrego este *post scriptum*, que tiene como objetivo mapear de manera no exhaustiva el estado del campo.

En *17 horas de máximas* (Charon, 1991), un libro que reúne más de doscientas colaboraciones sintéticas, pero con un

fuerte trabajo de investigación y de información sobre los medios. Serge Proulx, coautor con Philippe Breton de *L'explosion de la communication* (Breton y Proulx, 1991), dice en el cierre: «Con los años 80, las investigaciones continuán multiplicándose, sin que los resultados sean necesariamente acumulativos. Como no hay ninguna teoría unitaria sobre los medios que parezca tener consenso, las numerosas investigaciones se desarrollan en las más diversas direcciones. Las teorías aparecen plurales, estalladas, en un contexto donde los medios explotan y adquieren cada vez más importancia en nuestras sociedades».

Pero mientras se dice esto, referido a los medios, otros autores, como es el caso de Wolton (Wolton, 1992), afirman que todavía no sabemos nada sobre la televisión. Y esto en el marco de la Comunidad Europea. O donde los estudiosos de los medios y la comunicación reconocen el quiebre de los proyectos que se planteaban hace apenas diez años. En uno de los últimos números especiales de una influyente publicación, el *Journal of Communication*, cuyo título es «El futuro del campo: entre la fragmentación y la cohesión», dicen sus editores en el prólogo: «1) (...) el prurito de descubrir un paradigma universal de comunicación ha sido remplazado por una confortable aceptación del pluralismo teórico [aquí hay una referencia interna a un esperanzado número editado por la misma revista apenas diez años atrás: «*Erment in the field*»]; 2) la ciencia de la comunicación (...) es incapaz de influir tanto en la práctica del periodismo, como en la formulación de políticas comunicacionales (...); 3) la ciencia de la comunicación carece de *status* disciplinario porque no tiene un núcleo de conocimiento y su legitimidad institucional y académica sigue siendo una quimera; 4) (...) en su seno continúan las batallas entre determinismos psicológicos, culturales, económicos, textuales y tecnológicos (...); fragmentando el campo; 5) la cuestión de los efectos de los medios sigue siendo la caja negra perpetua de la investigación en comunicación y aún plantea la mayoría de las preguntas por contestar» (Levy, 1993). Este testimonio, por venir de donde viene, es fundamental. Si por un lado indica la persistencia de la confusión entre comunicación y medios, por otro pone en escena la crisis de los estudios comunicacionales pensados al margen de los estudios humanísticos, semióticos y de las ciencias cognitivas. Estoy reproduciendo una di-

visión que hizo Beniger en sus críticas a la comunicología norteamericana. Me refiero a dos artículos; en el primero: «Information and communication: a new convergence» (Beniger, 1988), señala que el mayor avance en el «concepto de información, incluyendo sus estructuras, procesamiento, comunicación y control», se dio en un campo o en un conjunto de campos que tiene un peso muy limitado en las carreras de comunicación norteamericanas. Los conjuntos que articula Beniger son los siguientes:



Mi interés no es discutir este cuadro, sobre todo en su reducción drástica de las humanidades, que veremos después, sino reforzar la posición de Beniger en la crítica a las carreras de comunicación, y no sólo las norteamericanas, con respecto a aquellos investigadores que trabajaron más en la construcción del sentido, en la información y en la comuni-

cación. Posteriormente, Beniger hizo un trabajo más contundente: el análisis de los teóricos más citados en la *International Encyclopedia of Communications* (Barnow, 1989). El cuadro es contundente. El ranking que doy en orden de importancia es el siguiente: Aristóteles, Platón, Saussure, Chomsky, Kant, Barthes, Freud, Jakobson, Bateson, Sapir, Peirce, Lévi-Strauss, Rousseau, Adorno, Goffman, San Agustín, Milton, Cicerón, Laswell, I. A. Richards, Foucault, Whorf, Lazarfeld, V. Turner, Bakhtin... Este ranking señala que la constitución del campo, aun en aquellos que se incluyen en él, se hace sobre la base de otras disciplinas. Sobre 120 teóricos, la filosofía tiene un 33,3%, la psicología, un 13,3%, la sociología, un 10,8%, la literatura, un 8,3%, la antropología, un 7,5%, la lingüística, un 6,6%, y la matemática, un 3,3%. Casi un 85% Beniger demuestra con esto la caída de mitos venerables como el mito de los padres fundadores (Lewin, Lazarfeld, Laswell y Horland), cuya influencia no sólo se reflejó en la comunicación norteamericana. Muchas carreras en América Latina, y en otros países, siguen trabajando sobre la herencia de la *communication research*. Pero también brindan un dato más fuerte: la constitución compleja del campo, que destruye muchos de los manuales existentes.

En cierta medida se podría decir que bajo el concepto de comunicación todo entra en crisis, o en el vacío, como lo marca Beniger. A no ser que se salga por un lado de lo endomediático y por otro de la ortodoxia cuantitativa. Cuando esto se produce, aparece un elemento fundamental como definitorio: el ingreso de los estudios culturales entendidos en un sentido mucho más amplio o diverso al correspondiente a sus orígenes, como nomenclatura y escuela, en Inglaterra. Me refiero no sólo al ingreso de los estudios sobre el lenguaje y el discurso en las formas tradicionales en que las ciencias sociales enfocaban las instituciones familiares, las prácticas del capitalismo industrial o de la modernidad (Jensen y Jankowski, 1991), sino también a las interrelaciones de los estudios sobre la cultura, y por lo tanto de los métodos, con los estudios, entre otros, de la historia de las mentalidades o de la antropología o de la etnografía mal llamada posmoderna. Esto que agregaría un nuevo conjunto al diagnóstico de deficiencias trazado por Beniger tiene ya sus formas institucionalizadas, sus manuales, como es el caso del *Handbook of qualitative methodologies for mass communications re-*

search (Jensen y Jankowski, 1991). Y también sus formas comerciales. En este último caso es significativo el catálogo de la editorial Routledge, la cual agrupa bajo el título de «Medios y estudios culturales» la siguiente división: *vocational media*; medios y comunicación; *broadcasting* y prensa; estudios culturales; estudios multiculturales; cultura visual; cine, música, *gender* y cultura; *lesbian and gay studies*; literatura y cultura; geografía cultural; patrimonio cultural. Esta clasificación absorbe la mayor masa de estudios transdisciplinarios sobre el campo que estamos tratando. Salvo el de los intentos más ambiciosos de formalizar las ciencias de la comunicación: su *Dictionnaire critique de la communication* (Slez, 1993). Su división es la siguiente: 1) Datos de base: problemáticas; conceptos transversales (donde ubica tanto a las teorías duras de la comunicación como a la lingüística y la «semántica»); nuevas tecnologías y sus usos; 2) las teorías operacionales: comunicación interpersonal e intercultural; comunicación y organización; inteligencia artificial; ciencias cognitivas; 3) los grandes dominios de aplicación: los massmedia; la publicidad; el derecho a la comunicación; la comunicación política; 4) comunicación y sociedad: la *vulgarisation* y la comunicación *vue d'auteurs*. Una ampliación transdisciplinaria en parte semejante a la de Beniger que también deja de lado, como eje articulador, a los estudios culturales.

He elegido estos ejemplos para indicar cómo el campo por un lado se constituye, pero por otro lado lo hace navegando en un conjunto de disciplinas caótico, inabarcable, sin un horizonte transdisciplinario claro. Su «sermiosis» es infinita. Lo cierto es que detrás de esto queda sepultada la *communication research*, o la visión ingenua, aislada e instrumental de los medios como también el imperialismo semiológico, aunque con más vida, como lo demuestra la incorporación de la semiología a varias disciplinas: de la etnografía a la historia, de los estudios sobre imaginario y opinión pública a las investigaciones sobre comunicación institucional o los estudios culturales.

El problema está en la construcción y recepción de los mensajes que transitan los medios. Los que definen los estudios en «comunicación social» como endomediáticos pueden aportar a la descripción económica de los sistemas de

producción y distribución (a la economía de los medios) o a la recepción entendida como medición de audiencia en un marco semejante a las mediciones de la opinión pública. Cuando se intenta ingresar, desde esta perspectiva, en los discursos y mensajes mediáticos, en su creación o en su recepción, se termina repitiendo obviedades o realizando mediciones ingenuas.

Frete a esto, el salto hacia un análisis del discurso y los géneros de los medios, y no sólo de ellos, en sus formas de producción y recepción, que no desconozca sus genealogías históricas, sus retóricas, sus verosímiles, sus relaciones con saberes y contextos, sus sistemas de construcción de sentido, sus relaciones con la interacción simbólica y la comunicación «no-verbal», etc., estalla el campo hacia diversos conjuntos transdisciplinarios, plurales, no unificados. Como las ciencias del conocimiento, las ciencias de la comunicación se expanden transversalmente y nos dicen hoy más sobre la formulación de los estudios sobre la sociedad, la cultura, el conocimiento, sobre la crisis contemporánea que sobre ese rubro aparentemente inocuo: la teoría de los medios. No es raro que la mayoría de los trabajos que aportan realmente al estudio de los medios vengan de especialistas formados en otras disciplinas o de las reflexiones que sobre su propia práctica realizan los «actores» de los propios medios.

